



Adoración Eucarística:

Jesús “se nos da y nosotros le respondemos, dándonos a Él”.

S.S. Benedicto XVI (2 marzo, 2006)

Adoración: Sesión 4

Objetivo de la Sesión:

Introducirnos en la experiencia de adorar a Jesús, vivo y presente en la Eucaristía.

Adicionalmente la sesión nos servirá para:

1. Conocer las primeras etapas de la adoración: reconocer lo que somos, sentirnos pequeños delante de Dios y agradecer (dejar de quejarnos y reclamar)
2. Experimentar cómo Dios nos llena con su amor, el estar en la mano de Dios, que nos lleva a su corazón y nos da su Espíritu Santo.
3. Ofrecerle a Dios todos los frutos que obtenemos por poner a trabajar los dones que Él mismo nos ha dado.

Material:

Banquito del amor de Dios – corazones de foami.

Buenos días. ¿Trajeron su llave de la fe?

Vamos a sacarla.

Comenzamos con nuestro canto:

(Con la tonada de Hokey Pokey)

La mano hay que meter.

La mano hay que sacar.

La mano hay que meter

y agradecerle sin cesar.

Alabemos todos juntos

la grandeza del Señor

Y volvamos a empezar.

El pie hay que meter.

El pie hay que sacar.

El pie hay que meter
y agradecerle sin cesar.

Alabemos todos juntos
la grandeza del Señor

Y volvamos a empezar.

Y vamos a ponernos de rodillas para reconocer que Jesús es grande y nosotros pequeñitos.

Exposición del Santísimo:

Canto eucarístico: Eucaristía (éste o uno similar).

Mientras se entona el canto el ministro hace la genuflexión sencilla, doblando una rodilla, al sacar el Santísimo del sagrario, y lleva al Santísimo al altar.

En los cielos y en la tierra sea para siempre alabado. -
El corazón amoroso de Jesús sacramentado.

Padre Nuestro

Ave María

Gloria

No te distraigas. Recuerda que estás en la presencia de Dios que se ha hecho hombre y te muestra su corazón, para darte la vida eterna.

Conforme les vaya diciendo las partes del cuerpo, vamos a ir diciendo: en la presencia de Jesús.

Tocamos nuestra cabeza y decimos: en la presencia de Jesús.

Tocamos nuestros hombros... Tocamos nuestros brazos... Tocamos nuestras manos... Tocamos nuestra cadera... Tocamos nuestras piernas... Tocamos nuestras pantorrillas... Tocamos nuestros pies...

Cierra tus ojos y vete a ti mismo con todo tu cuerpo, con todo lo que tú tienes y todo lo que tú eres, en la presencia de Jesús.

Esta es nuestra cuarta y última sesión para aprender a adorar a Jesús. En la primera lo alabamos, es decir, reconocimos que Él es más grande que nosotros, que Él hace todas las cosas bien. En la segunda le agradecemos por todo lo que nos da, y dejamos de quejarnos para estar siempre pendientes de todo lo que Él hace por nosotros. En la tercera le dimos todo lo que tenemos, incluso los dones que nos ha dado para ponerlos a trabajar para su Reino. Y en esta última estamos dispuestos a dar un poco más. A vivir el sacrificio y la misericordia.

La palabra sacrificio viene de hacer sagradas las cosas. Le damos lo bueno, lo agradable, pero también algo que nos cueste trabajo.

Por ejemplo, si nos gusta mucho el chocolate, dejamos de comer chocolates y el dinero que usamos para comprar los chocolates, se lo podemos dar a alguien que lo necesite. Y no sólo eso, sino que si tenemos rencor a alguien, lo perdonamos. Hacemos cosas que nos van costando trabajo, para ofrecérselas a Jesús. Eso significa decirle: yo te amo más a Ti, que a mí mismo. Por eso estoy dispuesto a dejar mi bienestar y lo que me gusta para demostrarte que te amo más.

Eso no es fácil. No le sale a cualquiera. Por eso necesitamos la ayuda de Dios. Porque lo que nos sale natural es ser egoístas y buscar nuestro propio beneficio.

Hoy queremos pedirle al Espíritu Santo que venga a ayudarnos para empezar a hacer sacrificios. A hacer cosas que no nos agradan, para demostrarle a Jesús que lo amamos más que a nosotros mismos.

Si te cuesta trabajo levantarte en las mañanas, ¿qué podrías ofrecerle a Jesús?

¿Sabes qué es la misericordia? Es la capacidad de salir de nosotros mismos para encontrarnos con el otro y con sus necesidades.

Cuando tu corazón se llena del amor de Dios, no hay espacio para las cosas materiales. Puedes abrirte de par en par a su amor y entonces las cosas ya no son tan importantes. El primer paso para ser misericordioso, es poder experimentar la misericordia. Entonces vamos a pedirle a Jesús: muéstrame tu misericordia.

Con esto queremos decirle: yo no siempre sé hacer las cosas. Yo a veces me equivoco. Yo no soy perfecto. No siempre sé lo que tengo que hacer o decir. Hay veces incluso en las que me siento perdido. Hay veces que cuando alguien me pide un consejo, no sé qué decir. Hay veces que cuando un maestro me pide una tarea no sé qué debo hacer. Pero sobretodo, hay veces que no puedo amar como Tú amas, Jesús.

Que por más que yo quiero, no puedo perdonar al que me ofende. Que por más que yo quiero, no dejo de quejarme. Que por más que yo quiero, me molesto y pierdo la paciencia.

Por eso, hoy quiero reconocer que sólo Tú eres misericordioso y puedes tocar mi corazón.

La palabra misericordia viene de miseria y corazón. Entonces puedes pensar que es poner la basura de tu corazón a los pies de Jesús, pero también es permitirle al corazón de Jesús que hoy entre a tu basura, a todo lo que no te agrada de ti mismo o aquello que te ha causado muchas heridas en tu vida.

Cierra tus ojos e imagina que tu corazón tiene un cierre y lo abres. Te das cuenta que hay muchas cosas que no sabías que tenías. Encuentras unos bichos extraños: rencor, enojo, envidia. Ante Jesús, recuerda aquellas situaciones en las que has estado enojado, en las que no has podido perdonar a alguien o cuando le has tenido envidia a otros.

Reconoce todas las veces en que no has podido amar como Jesús ama, amar sin esperar nada a cambio.

Igual como papá o mamá sólo les demuestras a tus hijos que los amas cuando hacen su cama o cuando sacan buenas calificaciones. Hoy Jesús te invita a que les demuestres tu amor, independientemente de cómo se porten.

No significa que los dejas hacer lo que sea, sino que los amas a pesar de cualquier cosa. Porque así es como Dios te ama a ti. Y tú, como papá o mamá eres un medio, para que a través de ti, puedan experimentar el amor de Dios.

Nos quedamos en silencio.

Te pido que invites al Espíritu Santo. Es el Espíritu de Jesús que vive dentro de ti, desde tu Bautismo, entonces como una lámpara grande, entra a iluminar todo tu corazón con su luz. Y no sólo eso, sino te ayuda a limpiar. A quitar todo aquello que te estorba para poder amar como Jesús te ama.

Si ves que hay algo muy sucio, pídele al Espíritu Santo para que quite todo lo sucio. Entonces tu corazón se va llenando de más y más luz. Es la luz de Jesús que brilla dentro de ti. Y así puedes ir alumbrar a los demás, por donde vas pasando. Esta luz sale a través de tus palabras y tus acciones. Así todos notan que tu corazón está lleno de la luz de Jesús.

Nos quedamos en silencio para poder sentir la paz que nos da tener la luz de Jesús en nuestro corazón.

Este es el momento de ofrecerle a Jesús algo, para manifestarle que lo amas más a Él que a ti mismo. Es como un regalo de tu amor por Él.

Si te cuesta trabajo levantarte rápido y de buenas en las mañanas, hoy le puedes ofrecer eso a Jesús. Sólo por esta semana.

Nos quedamos en silencio, todo lo que sea posible.

Canto:

Jesús está aquí.

Su amor nos viene a dar.

Jesús está aquí.

Él nos viene a visitar.

Su corazón Él ha expuesto para poderlo amar.

Su presencia queremos llevar.

Jesús está aquí.

Su amor nos viene a dar.

Jesús está aquí.

Él nos viene a visitar.

El pan de vida eterna podemos contemplar.

Su presencia queremos llevar.

La Reserva

Canto eucarístico.

Vamos a decirle a Dios que Él es lo máximo y que su plan para nosotros es excelente. Entonces vamos a repetir bien fuerte.

El ministro reza las alabanzas al Santísimo:

Bendito sea Dios.

Bendito sea su santo nombre.

Bendito sea Jesucristo, Verdadero Dios y Verdadero Hombre.

Bendito sea el nombre de Jesús.

Bendito sea su sacratísimo corazón.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.

Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.

Bendita sea su santa e inmaculada Concepción.

Bendita sea su gloriosa Asunción.

Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.

Bendito sea san José, su castísimo Esposo.

Bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos. Amén.

Luego guarda el Santísimo en el sagrario. Y hecha genuflexión sencilla, el ministro se retira.

Vamos a darle las gracias a Jesús, por venir hoy aquí, a estar con nosotros.

Entonces vamos a terminar: En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¿Estamos cerrando la puerta de la presencia de Dios? No. Lo hacemos porque queremos estar en ella de aquí hasta la próxima semana. Que Dios los bendiga mucho.

Erika M. Padilla Rubio

Palabra y Obra © ®

Todos los derechos reservados.